



LA BELLEZA ES VERDAD

RETROSPECTIVA DE JUAN HIDALGO DEL MORAL

LA BELLEZA ES VERDAD

RETROSPECTIVA DE JUAN HIDALGO DEL MORAL



2019

Edita:

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS
Y NOBLES ARTES DE CÓRDOBA

Textos:

Antonio Pulido Gutiérrez	Juan Pasquau
José Cosano Moyano	Antonio Gala
Ángel Aroca Lara	Francisco Zuera
Miguel Clementson Lope	Ricardo Molina
Antonio Enrique	Luis Quesada
Carlos Clementson	Mario Antolín
Manuel Gahete	Marrugat
Rafael Mir Jordano	Pablo García Baena
Mercedes Valverde Candil	Vicente Núñez
José M. ^a Palencia Cerezo	M. ^a Luisa Rodríguez Muñoz
Fernando Serrano	Ramón Gaya
Dionisio Ortiz Juárez	Friedrich Nietzsche
Juan Rejano	Wladislaw Tatarkiewicz

Comisario de la Exposición:

Ángel Aroca Lara

Coordinación Catálogo:

Miguel Clementson Lope

Edición fotográfica y fotografía:

Belén Galán Arranz (belgaarranz@gmail.com)

Fotografía:

Diego Hidalgo, Piedad Aroca, M. Clementson

Montaje:

Óscar Moreno Plaza
Antonio Moyano Parras (CFGs de *Mobiliario* / E. A. "Mateo Inurria")

Diseño Gráfico / Maquetación:

Isabel Pérez, M. Clementson

Impresión:

Mario Galán

Dep. Legal: CO 1656-2019

ISBN: 978-84-09-15246-9

A JUAN HIDALGO DEL MORAL, POR SU «HOMENAJE A GÓNGORA», O HACIA UN CONCEPTO ACTUAL DEL CLASICISMO

Carlos Clementson

El muy sugestivo homenaje plástico a D. Luis de Góngora, con el que nos deslumbrara Juan Hidalgo del Moral en una ya distante primavera de 1982,¹ incita a la presente recapitulación al autor de estas líneas. Han ido transcurriendo las décadas y el recuerdo reiterado de aquellos dibujos e ilustraciones, fina y cromáticamente matizados, nos ronda con frecuencia y nos vuelve de vez en cuando a la memoria. A la luz de esta impronta o de este recuerdo gráfico hemos releído la poesía gongorina, y como en aquel canicular agosto de 1982, ardoroso y rutilante como las solares costas de Sicilia que nos evoca tan sensorialmente el Polifemo, escribimos estas palabras, que hoy completamos, como sincero homenaje personal y literario, a ese homenaje plástico gongorino por parte de un artista cordobés, quien, por otra parte, impartió su docencia en la misma Plaza de la Trinidad, junto al último domicilio de Don Luis.

Quien en el ejercicio de su arte se sabe en verdad consciente y seguro de su propia capacidad y conocimiento no necesita del alarde clamoroso o el gregarismo adulator, y viene a contemplar esta indiscreta y divertida feria de las vanidades, intelectuales o estéticas, en que estamos inmersos con la distanciada sonrisa íntimamente superior y algo irónica de los que desde el primer momento se supieron tácitamente elegidos para el difícil mester de la creación y la belleza.

Tal es la situación ético-estética en la que se encuentra Juan Hidalgo del Moral: siempre al margen de cenáculos y capillitas que tan frecuentes son en los medios artísticos, verdaderamente independiente y entregado de siempre a esa búsqueda de lo siempre esencial y permanente, construyendo día a día, activa y demoradamente, su obra con el fervoroso rigor y gustoso esfuerzo que su inesquivable y congénita vocación por la belleza le dicta cada mañana ante el lienzo.

Sin darle mayor importancia a las cosas y al señuelo de los protagonismos y las vanidades, él estudia y trabaja porque "el genio es una larga paciencia"; expone de vez en cuando sus cuadros o presta el trazo de sus dibujos y su pluma a la palabra y a la

emoción lírica de los poetas de su tierra en bellas y minoritarias ediciones.

Somos nosotros, quienes vivimos diariamente el latido cultural, artístico o literario, de la ciudad, quienes tenemos la reconfortante obligación moral de llamar la atención sobre el hermoso paño que se encierra en el arca, en el arca apenas entreabierta, distinta y noble, en esta ocasión de Juan Hidalgo.

Y nada más grato para el que firma estas líneas que tener la ocasión, ahora y desde aquí, de abrir junto a vosotros ese arca de tan preciosas maderas y mostrar la deslumbrante y fina riqueza de su interior. Y más, si cabe, como en esta ocasión, en que, junto a la vera efigie gongorina y junto al solar de la casa del poeta donde el artista y profesor crea e imparte su docencia, el arte de Hidalgo del Moral humilde y gloriosamente, se pone al servicio del espíritu y la obra del gran poeta andaluz, con quien Juan tiene tantas afinidades electivas en su común amor por la belleza, por Andalucía y la tradición, siempre revolucionaria, como así supo verla y cantarla nuestro *Cisne andaluz*.

Porque la belleza, en este mundo distorsionado y difícil, debe aún habitar en alguna parte y Juan

¹ "Homenaje a Góngora", exposición de obras de Juan Hidalgo del Moral, Galería Mateo Inurria, Córdoba, abril-1982



Hidalgo del Moral ha ido a buscarla y la ha traído ante nosotros, bajo la lineal apariencia estatuaria de la cándida Galatea y el infortunado Acis, bajo la monstruosa y eminente grandeza del desdeñado Cíclope o en esa pánica atmósfera canicular sici-liana, tan análoga a la de nuestro paisaje meridional andaluz, que agrieta o reseca los ardidos labios calenturientos en la llama amorosa y acerca apasionadamente los cuerpos en gloriosas y materiales nupcias con la tierra.

Y así la poesía o el arte de Hidalgo del Moral, ya desde aquellas fechas de 1982 se nos presentaba como modernísimo, porque clásico es, y por ello operativo y permanente, pues sus raíces son profundas, no al aire del momento, y bien alimentadas por savias eternas, por nutritivos zumos inalterables al paso del tiempo [...] porque tú sabes, Juan, en donde habita la belleza, escondida y remota, en este mundo hostil y a veces tan difícil que ha hecho de la impura fealdad su reina [...] porque tú sabes, Juan, y descubriste desde el primer momento, que "*Todo lo que es bello es un goce eterno*", como cantó John Keats en el pórtico de su poema *Endymion*, para

concluir, al final de su *Oda a una urna griega*, que "*La belleza es verdad, y la verdad, belleza; / eso es cuanto en la tierra debéis de conocer, / y más no os hace falta.*"

Y esa belleza ideal platónica, Juan, te reconoce como hijo y amante indeclinable; porque tras de tus líneas, tus sienes y sanguinas se escucha todavía la rumorosa música de los laureles de Apolo y los bosques de Dodona, mecidos por el viento secular que agitara los sotos y espesuras de Arcadia, a la espumosa orilla de las églogas. Porque en estos dibujos las artes se confunden, la línea se hace poesía, y la poesía color, forma y volumen, y tras ella todavía se escucha, aplacadora, la lira sumergida de Orfeo, destrozada por el ciego furor de las bacantes. Porque tú no te has limitado a traernos meras ilustraciones al *Polifemo* o a las *Soledades* del maestro y vecino nuestro de esta Plaza de la Trinidad cordobesa por la que transitamos cada día, a los pies de su efigie ensimismada y aquilina, sino que es el espíritu, clásico y barroco al mismo tiempo, de su poesía el que tú nos devuelves en tus obras, hecho volumen plástico, expresivo y casi táctil, por la línea y el dibujo, conformando los huidizos contornos de la delicadeza de una ninfa o la magnificada pasión del Cíclope, expresión radiante y jubilar del mundo gongorino en este mundo nuestro que ha perdido ya la brújula pura de la belleza e ignora cada día ese deslumbrante tesoro de hermosa, de pasión y alegría de vivir que es el clasicismo.

Para ti, pues, Juan, esta versión de ese memorable poema inglés, la *Oda a una urna griega*, con el que se emparentan tus dibujos, pues que beben en las mismas fuentes de la Antigüedad viva, y que para ti traduzco. Contemplemos, pues, otra vez, en castellano, esa urna marmórea en la que aparecen, esculpidas en relieve, varias escenas del mundo pastoril: el acoso por parte de un fauno de una joven que intenta zafarse del abrazo, un pastor que instrumenta un caramillo a la sombra de un árbol, o el ritual sacrificio de una novilla, ofrecida por una pequeña ciudad a sus dioses, y que quedan salvados de la erosión del tiempo por la pura virtud inmortalizadora del arte:

Oh tú, aún no violada amante del sosiego,
ahijada del silencio y del pausado tiempo,
historiadora agreste que una florida fábula
puedes narrar de un modo más dulce que mis cantos,
¿qué leyenda es esa que, orlada de guirnaldas,
se explaya por tu forma, de dioses o mortales,
o entrambos a la vez, en el Tempé o en valles
de la Arcadia? ¿Qué hombres, o quizá dioses, éstos?
¿Qué renuentes mozas? ¿Qué persecución loca?
¿Qué pugna por zafarse? ¿Qué timbales y flautas?
Oh, ¿qué éxtasis salvajes?

Las músicas oídas son dulces, y aún más dulces
son las que no se oyen; así pues, suaves flautas,
seguid sonando, aunque no al sensual oído,
sino que, aún más amables, tocad para el espíritu
leves cantos sin notas. Hermoso adolescente
que estás bajo esos árboles, ya abandonar no puedes
tu canción, ni esos árboles quedarse ya sin hojas.
Y tú, intrépido amante, jamás, jamás podrás
besarla por muy cerca que estés ya de sus labios,
pero no te lamentes,
que, aunque no la consigas, no habrá de marchitarse;
es más: ¡siempre amarás y ella te será hermosa!

Dichosas enramadas que no habréis de ver nunca
perderse vuestras hojas, ya siempre en primavera;
y feliz melodista que incansable instrumentas,
al son de tu siringa, siempre canciones nuevas.
Y aún más feliz amor, siempre feliz, feliz,
ya para siempre ardiente y a punto del abrazo:
todo aquí respirando muy por encima de
las humanas pasiones, esas que al corazón
déjanlo dolorido y hastiado, y que las frentes
nos las dejan ardiendo y la lengua reseca.

¿Quién es toda esa gente que marcha a un sacrificio?
¿Hacia que verde altar, misterioso pontífice
llevas esa ternera que muge hacia los cielos
con sus flancos sedosos cubiertos de guirnaldas?
¿Qué pequeña ciudad junto a la mar o un río,
o alzada sobre un monte en pacífica acrópolis,
se ha quedado vacía esta sacra mañana?
Minúscula ciudad, tus calles para siempre
estarán silenciosas, y nadie que nos diga
por qué estás tan desierta podrá ya retornar.

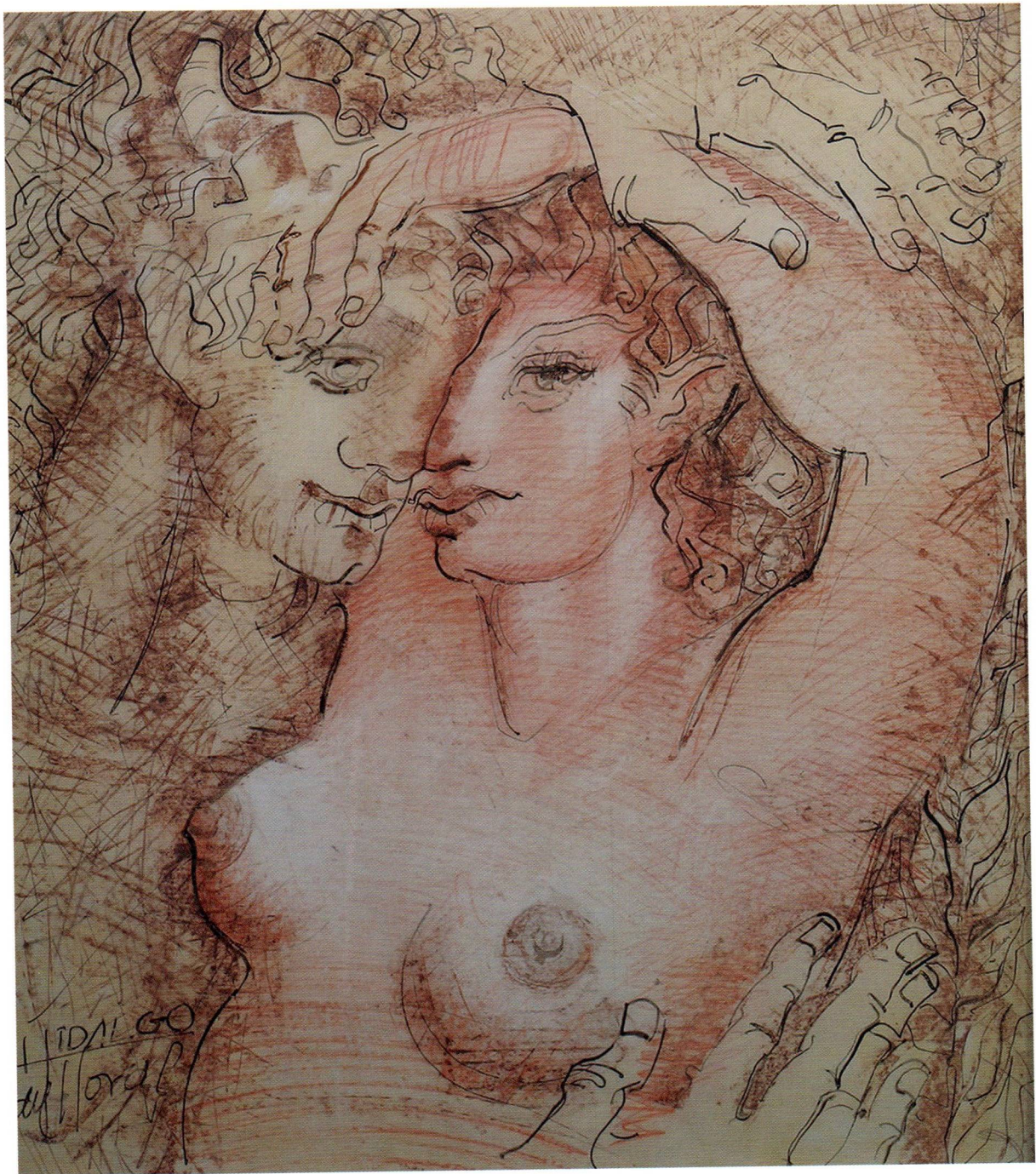


Juan Hidalgo, *Polifemo, Acis y Galatea*, técnica mixta / tabla, 80 x 100 cm.

Ática forma, bellas actitudes de un pueblo
de varones y vírgenes labrados sobre el mármol
entre pisadas juncias y silvestres ramajes,
¡oh, forma silenciosa que al pensamiento excedes
como la Eternidad! fría pastoral sin tiempo,
cuando la edad consume a esta generación,
tú quedarás en medio de otros tantos dolores
distintos a estos nuestros como amiga del hombre,
al que le irás diciendo a través de los siglos:
"La belleza es verdad, y la verdad, belleza":
esto es cuanto en la tierra debéis de conocer,
y más no os hace falta.



CLEMENTSON, Carlos. A Juan Hidalgo del Moral, por su "Homenaje a Góngora", o hacia un concepto actual del clasicismo. 27-46.



Juan Hidalgo, *Acis y Galatea* (1978), técnica mixta / papel vegetal, 60 x 50 cm.

EL VIAJE INTERIOR

Porque tú sabes, Juan,
en qué extraño país habita la belleza,
en qué playas lejanas seestean las más hermosas
formas del paraíso junto a un mar sin memoria
—presente eterno a salvo—, al margen de los siglos
y su curso de estrago y corrupción y sombra...

porque tú sabes, Juan, en qué bosques sagrados
que un tiempo más feliz habitaran los dioses,
junto a apacibles ríos, se escucha la siringa
del pastor todavía,
testimoniando el tiempo de los áureos racimos
y la pródiga encina sin sudor ni trabajo...

porque escuchaste un día —sutil hilo de plata—
la árcade melodía que en la tierra traduce
esa altísima música que ruedan las esferas,
y te crece en el pecho una oscura nostalgia
de algo que fuera un tiempo —esa infinita herida
sin cerrar todavía—, la imposible añoranza
de otra vida más alta, quizá en sueños vivida
por ti, alguna vez...

porque tú sabes, íntimo,
en qué ocultos dominios perdura la belleza,
te apartas un momento de nosotros, te pierdes
con ligera sonrisa tan dentro de ti mismo,
te ausentas por un bosque de agua oculta y sonora,
y al cabo reapareces de un instante de siglos
con los ojos brillantes de imágenes antiguas
mas eternas, vivísimas;
y en el blanco silencio del río y San Basilio,
en tu casa fundada sobre el tiempo dormido,
te aproximas al lienzo como a un espejo —rico
de ensueño y aventura—; acaricias la dúctil
carnadura de un rostro, un torso invulnerable,
esas doradas piedras sangrantes al ocaso,
y alzas de nuevo a Córdoba como el ala de un ángel,



intacta y jaspeante, sobre enhiesta columna,
perfecta en su inocencia de alto mármol desnudo
y agua humilde y callada —estatua de sí misma—
en su alta jerarquía de memoria y deseo,
tal como nunca acaso dejara de haber sido;
vas desplegando el vuelo de tu pulso en el lienzo,
y como un don sagrado, ileso, nos devuelves
ese eterno arquetipo de Córdoba, latente
en el sueño de Dios,
desde los siglos.



Juan Hidalgo, *Cantes de ida y vuelta* (de la serie sobre el Flamenco), técnica mixta / tabla, 70 x 100 cm.

GALATEA PÁNICA

(Écfrasis para un dibujo a la sanguina de Juan Hidalgo del Moral)

Llegas desde una ardiente tarde de Sicilia
con un fondo de esquilas sonando en la memoria
y el fervoroso coro
de todas las cigarras que dan luz al verano;
de muy antiguo vienes, acudes como un viento,
quizá, de otras edades, mas siempre fresco y claro,
restallante de azules y espumas a tu paso.

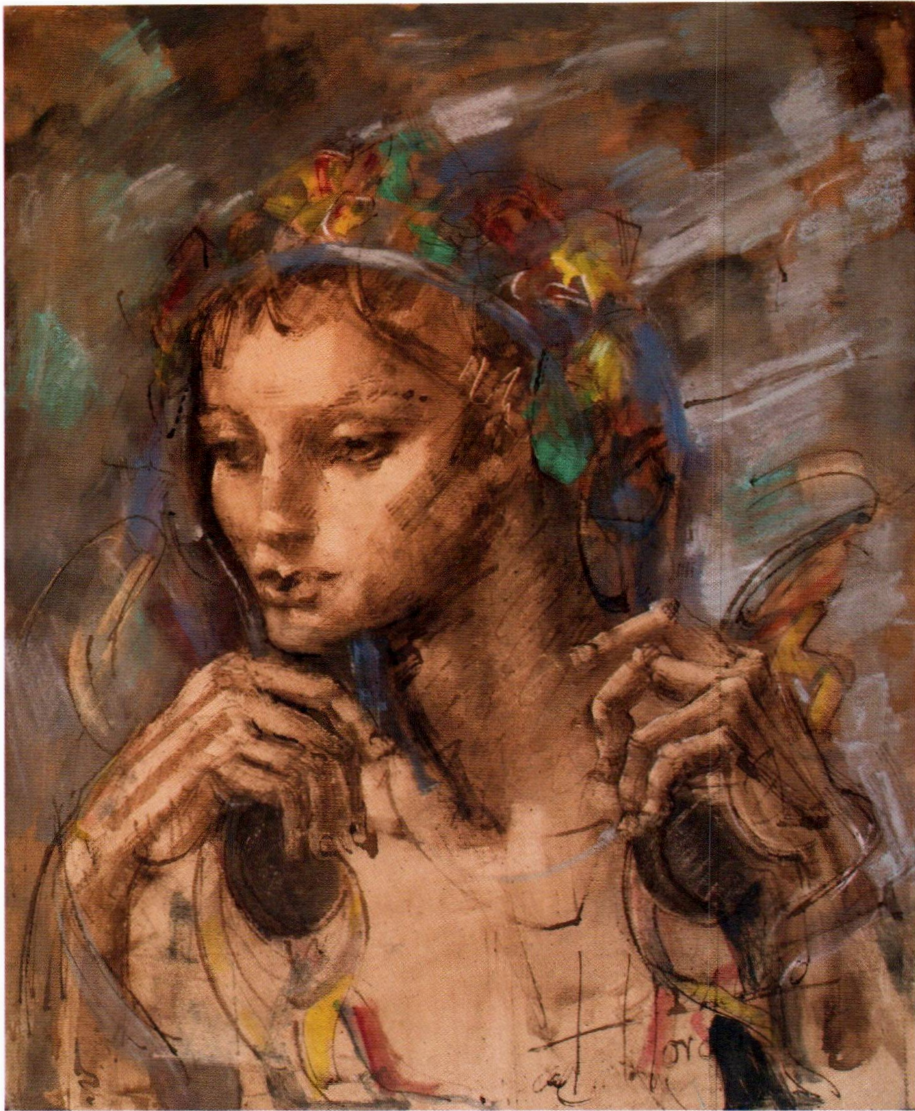
Perfumada te acercas —hija del mar perpetuo
y en brazos de los aires— por el viento del Sur,
ungida por el sol, feliz en las arenas,
dejando tras de ti
un rastro de tomillo, de sal y de rebaños,
y el eco de una música sonando entre las cañas.

A este desierto llegas, y en tus vasos de greda
ofreces tu ventura —y no tan sólo a Acis—
a quien con sed sus ojos
apaciente en tus formas pulidas por la brisa,
en tu esplendor de arcilla salobre y campesina,
aunque del mar nacida,
que la espuma acaricia y el sol dora en sus júbilos.

Beberé de tus ánforas, oh tú, ninfa inocente,
vestida de ti misma, carne feliz cantando
su eterna primavera, la desnudez radiante
del vivir.

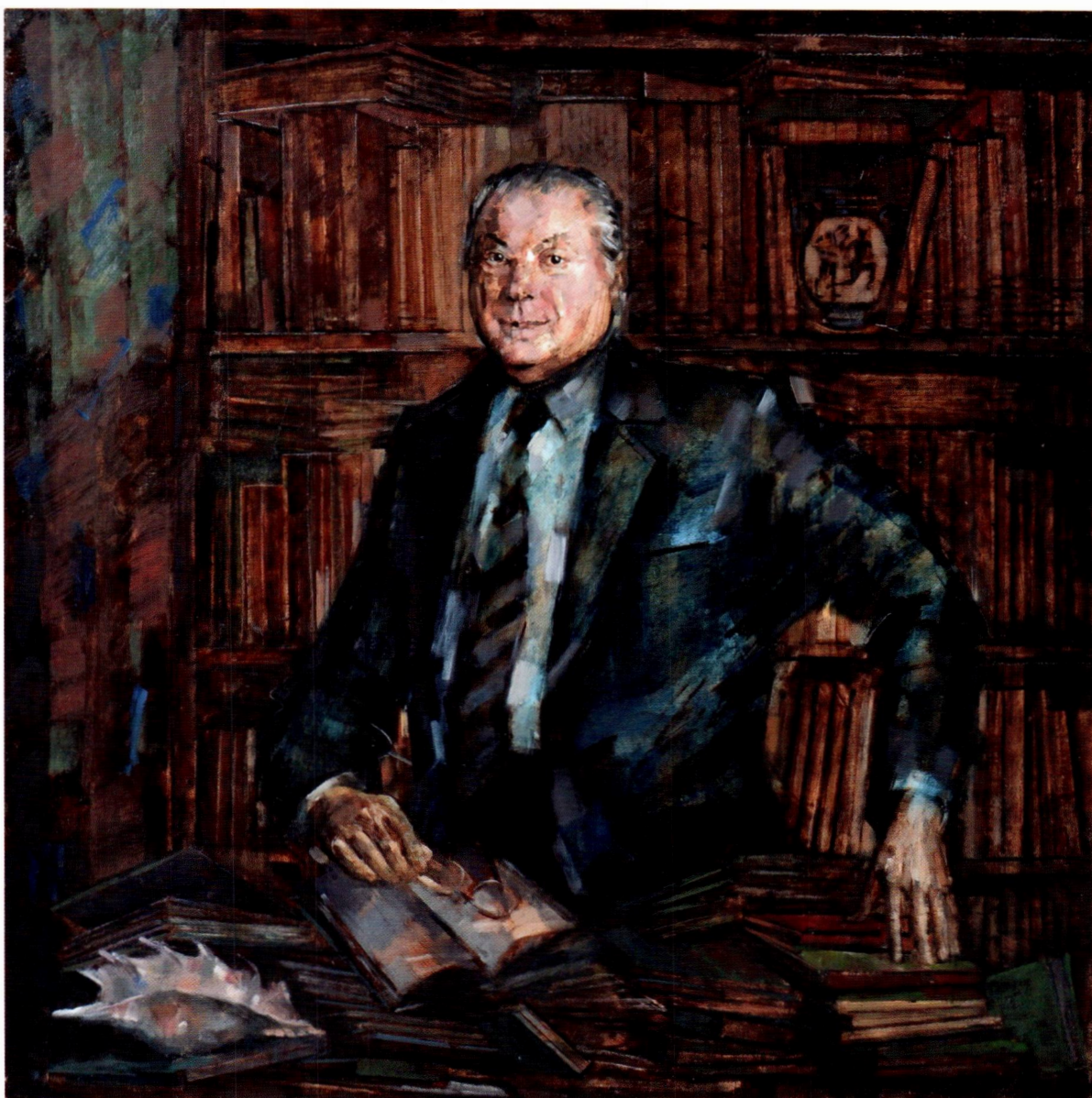
A tu paso
se enhiestan las espigas y granan las cosechas
bajo el sol de las islas. La gracia de la vida
se reafirma en tu gracia; abolirá en tus aguas
la conciencia esta sed, que no se sacia nunca
con mentidas quimeras, y tenderé en tus playas
mi cansancio de asfalto y el tedio de mis días
errantes y sin meta, que al fin hallarán patria
en tu ribera isleña.

El mar late en tus flancos; la luz canta en las rocas.
La tierra por ti se alza de su lecho de tierra,
mujer-isla entre espumas con vocación de diosa.



Juan Hidalgo, *Verdiales para Galatea*, técnica mixta / tabla, 60 x 50 cm.

Contigo ante los ojos
todo es real, tan cierto
como un golpe de mar. Oh tú, feliz y hermosa,
concluyente en ti misma como una ola rompiendo
de su propia hermosura, gozosa en tu evidencia
de plenitud sin mancha, fulgente en tu materia
y henchida de ti misma
como una encarnación feliz del universo.



Juan Hidalgo, *Retrato del poeta Carlos Clementson* (2015), óleo / lienzo, 120 x 120 cm., Museo de Bellas Artes de Córdoba.

ANTE UN RETRATO PINTADO POR UN AMIGO

(Óleo de Juan Hidalgo del Moral)

*La misión de todo poeta o pintor es la de rescatar las cosas
de la corriente del "llegar a ser" y afirmarlas en el estado de ser.*

Gerald Brenan

Hoy te miras —narciso— en este espejo plástico
que el color y sus formas convocan sobre el lienzo,
y tus setenta años cristalizan, armónicos,
en esta encarnación de tu ser duradero
que el pincel de un amigo ha impreso en frágil lino
y en rara plenitud que a ti mismo te asombra.

A partir de ahora mismo, aunque indemne en tu efigie,
envejeciendo irás, lenta y gloriosamente,
como sólo lo humano consciente de lo humano
puede irse gastando en el caudal del tiempo,
mas resuelto y sereno, en sabia aceptación
de esos últimos años que aún te esperan, inciertos,
antes de que tú mismo, al final, te sumerjas
en un lento crepúsculo de cansancio y de sueño,
igual que un sol de tarde se tiende sobre el mar.

La edad irá disponiendo
a todo cuanto has sido en su ser más perfecto,
labrado por los años y henchido por el tiempo,
por cuanto fue *tu* tiempo,
esa arena corriendo al paso de tus días
que irá colmando, insomne, el vaso de tu ser
hasta el último grano;
sabrás que ya completa la ampolla de tus horas,
habrá llegado el día
en el que al fin traspases el umbral de la sombras
en la esperanza —vaga— de hallar entre la niebla
quizá otra luz más pura.

Mas en tu despedida,
al mirarte a este espejo,
sentirás el orgullo de haber vivido, al menos,
de acuerdo con la idea que hicieras de ti mismo

al empezar tu viaje, cumpliendo tu destino
—oscuro y transitorio— de amor a la palabra,
tu vocación siguiendo desde tu albor primero.

Te sabrás moldeado por tu fidelidad
a aquel que fuiste un día y hoy completas ahora,
verso tras verso haciéndote
como soñaste ser, hasta así enriquecer
de placer y belleza, conciencia y pensamiento,
el concluso horizonte de tu vida, encerrado
ya en fatigadas páginas que alumbraran tu senda,
antes de disiparte del todo en la ceniza.

Llegarás al sosiego de haber acrecentado,
cuanto pudiste hacerlo, los contados talentos
que un día te otorgaran, y que presentarás
cuando llegue tu hora,
como filial ofrenda, a quien sacrificara,
ha ya setenta años,
el fulgor de su vida a cambio de tus días.

Te irás, aunque dejando esta sombra platónica
de ti mismo, que asume
en su perfil más tuyo
tu mejor yo —salvado por sólo unos pigmentos
de color y de luz, regidos por el arte—,
que en esta imagen logra
la ideal plenitud que anhelaste en tus sueños
al comenzar tu vida.

Todo eso te ha dado la mano de este amigo
que ha hecho con su maestría, y tras bien conocerte,
quede fijo en la luz tu fiel reflejo incólume
con tan sólo unos puros matices musicales
—la fluidez del color dando cuerpo a lo plano
y espíritu a lo inerte del lienzo originario—
con su sabio mester de reiterar la vida;
y aun cuando te hayas ido, logrado habrá con ellos
librarte de la nada, rescatarte del tiempo,
en realidad fingida, pero alentando vida.

Y así habrá conseguido, revocando ese sino
que a todos nos acecha de incertidumbre y sombra,



Juan Hidalgo, Composición mural realizada para el vestíbulo de la Residencia de Mayores de Peñarroya-Pueblonuevo (Córdoba), óleo / madera, 1983.
Foto: Diego Hidalgo

ANTE DOS GRANDES OBRAS DE HIDALGO DEL MORAL

Carlos Clementson

Unas inmensas manos abiertas dan la bienvenida al visitante. Afuera, en el extenso espacio ajardinado donde las rosas abren su indomable esplendor al sol de mayo, la fina luz de la Sierra ciega los ojos al viajero. Unos cipreses clavan su enhiesto grito verde en el paisaje. Sobre nuestras cabezas unas palomas baten el diáfano silencio campesino con sus alas.

Hemos entrado en la flamante Residencia de Ancianos de Peñarroya-Pueblonuevo, espléndido edificio levantado gracias al entusiasmo promotor de Pedro Crespo Hidalgo, vicario de la Sierra y alma de esta encomiable proyecto de solidaridad y justicia.

El cronista ha venido acompañando al artista cordobés Juan Hidalgo del Moral que ha contribuido con dos gigantescas obras murales al embellecimiento de esta empresa. Cuando sus ojos se han adecuado un tanto a la penumbra del interior, unas enormes manos extendidas recaban su atención. ¿Manos abiertas de la Providencia, como las considera su autor, o manos vacías del trabajo al cabo de la última de las jornadas de una vida? ¿Manos que ofrecen, o manos que al final de la aventura imploran o demandan el legítimo descanso en paz de los últimos años?

Estas manos colosales centran, imponentes, el extraordinario mural de entrada al edificio. Un mural que configura un canto y un convincente homenaje plástico al mundo de la minería y el trabajo, a los que laboran con sus manos.

En el tercio izquierdo de la escena, la boca de una mina enmarca la potente estatura de un minero que apoyado en el pico abraza a la mujer. Al otro extremo, una entrañable estampa familiar, ambas felizmente resueltas con ese extraordinario dominio de la composición, del color y el dibujo que caracteriza la robusta y estatuaría factura del pintor de Fernán-Núñez.

Con la naturalidad y difícil sencillez de los buenos maestros, restándole casi importancia a su cotidiana labor por esa natural espontaneidad que determina su carácter, Hidalgo del Moral da los últimos toques a su obra, a su obra bien hecha, en la que desde el más nimio detalle hasta la línea o el perfil más esencial se hallan respaldados por años de maduración y aprendizaje, tanto por su constitutiva capacidad para la plástica y el color como por el lento cultivo, a través del estudio y el esfuerzo permanente, de su ingénita capacidad creadora.

El artista nace y también se hace, pues el genio, al fin y al cabo, no es sino una larga paciencia, como dijo el poeta. Inspiración creadora y arduo aprendizaje. Espontaneidad y disciplina. La rotunda, aparente facilidad de este dibujo, la armónica propiedad y precisión de cada mancha de color enmascaran un provechoso y dilatado adiestramiento en Bellas Artes, en las que Juan Hidalgo es maestro desde su cátedra de la Escuela de Artes Aplicadas, en Córdoba. Nada hay aquí, a lo largo y a lo ancho de tantos metros cuadrados de pintura, dejado a la improvisación ni al azar. Tan sólo el dominio técnico y el oficio pueden cosechar estos maduros frutos.

Pasamos luego a la recién terminada capilla de esta Residencia. Una fresca penumbra, atravesada por la coloreada claridad que filtrase a través de un vitral excelente, obra también de este artista proteico, extiéndose por todos los ámbitos del templo. Tras los vitrales, que configuran la bien plantada y polícroma apostura de un Ángel peregrino, la esplendorosa mañana campesina se descompone el fúlgidas y cambiantes irisaciones. Aquí nos espera el prodigio. Todas las cosas, sumidas en penumbra, parecen anegadas en un mar de silencio, como esperando la revelación del milagro, de esa obra de arte que hemos venido a descubrir.



Juan Hidalgo, *Calvario*, tríptico de la Capilla de la Residencia de Mayores de Peñarroya-Pueblonuevo, óleo / madera, 1983

Encendemos la iluminación de la nave, y emerge de improviso, en el frontal del templo, el tríptico impresionante de un Calvario clásico y modernísimo a la vez.

Un intenso y bien concertado diálogo de fuerzas opuestas se establece, de súbito, a nuestros ojos, entre la majestuosa serenidad crucificada del Cristo muerto y el dinámico patetismo expresionista de la Dolorosa y el San Juan que lo flanquean. Un dramático contrapunto de sosiego y dolor entre la muerte divinamente asumida, y esa humana desgarradura del alma, en carne viva, que suscita esa muerte en la Madre y el Discípulo Amado.

Callamos un instante. El silencio del espectador, en ese momento, quizás sea el mejor homenaje a la obra y al artista que nos va introduciendo en los detalles puramente técnicos de su realización.

Una vez familiarizados, después de largo rato, con la escena, advertimos el planteamiento personal, la original disposición espacial de las figuras, destacada en un primer plano sobre las otras la del Crucificado, de superior tamaño y sujeta por unos soportes de metal que la proyectan física y emotivamente sobre el espectador. De gran originalidad

igualmente la resolución de un tema tan repetido y tópico en la historia del arte: ese despliegue del lienzo o del sudario sobre los maderos, a los que recubre casi por completo, y que permite un acabado y magistral estudio de sus diferentes arrugas y dobleces. Un lienzo rojo desplegado, que puede ser sudario que abrazará al divino cuerpo, pero que, también, está ya anticipando las alas de la Resurrección.

La intensidad dramática, que libremente se expande en llanto, en grito y expresión de dolor, en barroquizante y torturada ondulación de líneas y planos cromáticos en las figuras de la Madre y el Discípulo, se reconcentra clásica y armoniosa en el sosiego y placidez de la portentosa anatomía de este Cristo que, en la dulzura pacífica de su gesto y sobrehumana serenidad crucificada, preludia ya la gloria del amanecer del tercer día.

Con harta frecuencia el arte contemporáneo, al enfrentarse al tema de la Crucifixión, ha insistido sobremanera en el aspecto estrictamente humano de la víctima con una notoria y casi morbosa inclinación por resaltar y enfatizar los distorsionadores efectos corporales del tormento en la cruz. Muchas interpretaciones actuales del tema nos ofrecen con



El artista y el poeta Carlos Clementson, ante el mural de la Residencia de Mayores de Peñarroya-Pueblonuevo, 1983

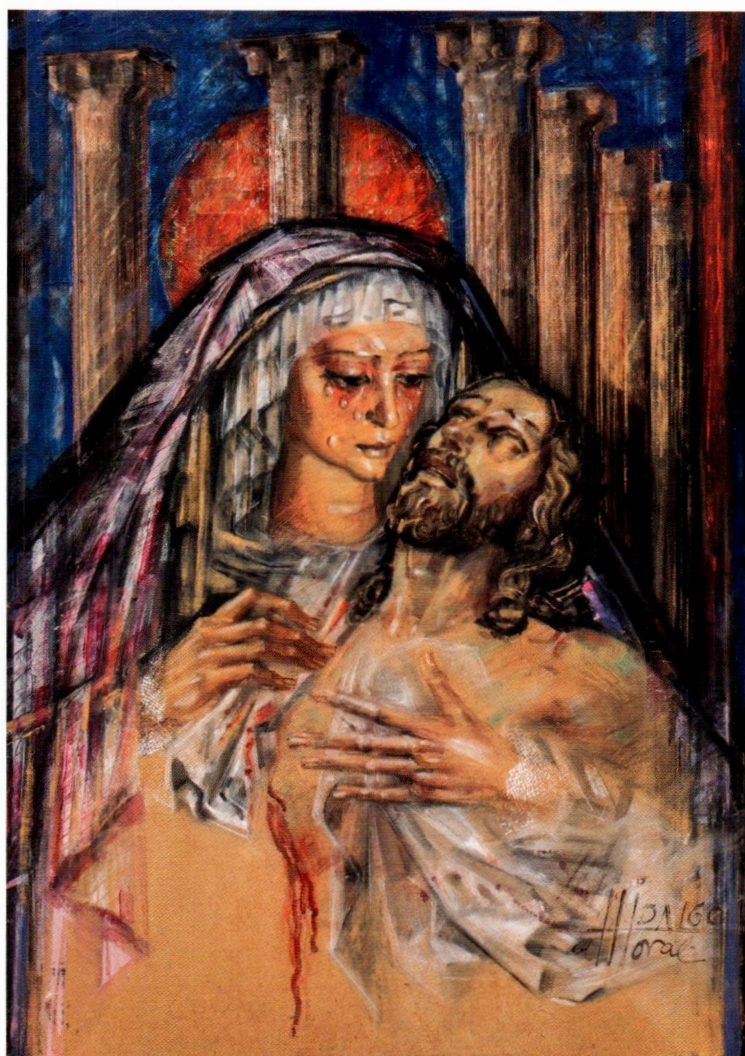
fácil y desgarrado patetismo, expresionistas a veces, un infrahumano y sanguinolento despojo o pura madeja de nervios, de músculos y carne macerada. Desde un punto de vista artístico, este Cristo de Hidalgo del Moral, por el contrario, pertenece a la noble estirpe, clásica y serena, de dolor represado y dramatismo contenido, del Cristo de Velázquez, por más que no suponga, por otra parte, a efectos estilísticos, ningún débito o punto de contacto con el gran maestro sevillano, a no ser la lógica y filial admiración hacia el genio.

Atentamente, desde un ángulo de la nave, mientras el artista perfila los últimos detalles de su obra o ensaya la definitiva iluminación de la misma, el cronista se recrea a su placer en la humana y fidelísima exactitud de tal figura. Se demora en el original estudio de pliegues y dobladuras que suministra al creador el extendido lienzo que recubre la cruz, un lienzo de encendidos arboles de aurora sobre el que este Dios-Hombre destaca su mortal y triunfante humanidad. Saborea en su interior, para él solo y a solas en esta nave y en esta silenciosa y oxigenante mañana campesina, el efecto catártico y purificador que supone siempre toda obra de

arte, toda gran obra de arte, aquella cuya materia, mármol, bronce o pintura, sabe adelgazarse sutil y misteriosamente como una nota musical, como un rayo de luz, para herirnos en las más íntimas fibras del espíritu.

Creyente un tanto escéptico, o mejor, entre sus dudas, el autor de estas líneas sin embargo, rehúsa encender un cigarrillo que le ofrece el pintor mientras trabaja, tal es la poderosa sugestión y religiosidad profunda que trasciende este impresionante y sereno *Cristo de la Sierra*, un Cristo que sabe suscitar no sólo la admiración estética de quien lo contempla sino también, y ahí la noble eficacia de la obra, la plegaria íntima o un hondo estremecimiento del alma en quien se acerca.

Conocíamos en profundidad la dilatada y multiforme actividad creadora de Juan Hidalgo del Moral, artista de inspiración y maneras casi renacentistas que como los maestros de aquel siglo no sólo tiende a una única manifestación del arte, la pintura, sino cuya curiosidad e inquietud abarca a otros géneros expresivos, como el vitral, la cerámica, la escultura o el grabado; pero esta última realización excede



Juan Hidalgo, *Virgen de Las Angustias*, composición realizada para el Cartel de Semana Santa de Córdoba, técnica mixta / lienzo, 2003

a la gran confianza y expectativas que el cronista y el amigo tenían depositadas en su obra.

Este *Cristo de la Sierra*, cuya poderosa impresión en el espectador haría pálidamente he intentado trasladar a estas líneas, quedará, sin duda alguna, no sólo como una de sus más señaladas creaciones sino como uno de los más destacados exponentes de la actual pintura cordobesa, así como un hito en la pintura religiosa de estos años.

Su contemplación bien merece un viaje a esa espléndida residencia de Peñarroya-Pueblonuevo donde está instaurado.

Nuestra más calurosa felicitación al artista, y a este improvisado comentarista, la satisfacción de haber sido el primero en recabar la atención del público cordobés sobre su obra.



Fundación | Cajasol

21 OCT. - 16 NOV. 2019

FUNDACIÓN CAJASOL
SALA DE EXPOSICIONES